ODA XII.

LA RECONCILIACION.

LIDIA.

¿Ingrato, cuando á hablarme
Á mi choza de noche te llegabas,
¡Cómo para ablandarme
Al umbral te postrabas,
Y en dolorido llanto lo regabas!

FILENO.

¿Ingrata, cuando á verme
Á la huerta del álamo salias,
¡Cuál ¡ay! por encenderme,
Donosa te prendias,
Y extremos mil de apasionada hacias! (1).

LIDIA.

¿Pues qué! ¿cuando halagüeño
Á la sombra del álamo dijiste:
«Tú eres, mi Lidia, el dueño
De esta alma que rendiste»,
Y al yo probar huir me detuviste? (2).

FILENO.

Pues qué! ¿cuando celosa
En la vega afligido me topaste,
Y al verme así, amorosa,
Por detras te acercaste
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

¿Y cuando tú, engañoso,
Me importunabas que la choza abriera,
Jurándote mi esposo?
¡Qué empeños no me hiciera
Tu labio infiel porque á tu ardor cediera!

FILENO.

¿Y cuando tú enviabas
Con Lálage á avisar que allá tornase,
Tierna no me ordenabas
Que hasta el alba aguardase,
Clamando al alba que en salir tardase?

LIDIA.

Calla, pastor aleve;
Calla, que por Dorila me has dejado,
Y más que el viento leve,
El voto has quebrantado,
Que mi alma fina imaginó sagrado.

FILENO.

Calla, falaz pastora,
Que das tu fe por Licida al olvido,
Y voluble y traidora,
El voto no has cumplido
Con que á tí me juzgué por siempre unido.

LIDIA.

Pues ¡ay! celoso mio,
Calma tu ceño, cálmalo, y entremos
Por este bosque umbrío,
Do piques olvidemos,
Y al dulce amor y nuestra union cantemos (3).

(1) Variante de estos dos últimos versos:

De rosas me ceñias,
Y mil extremos cariñosa hacias.

(2) Variante:

Y al yo querer huir me detuviste?

(3) MELENDEZ escribió en un principio, con no ménos naturalidad y con mayor correccion, esta estrofa, evitando la impropia frase *calma tu ceño*. Así decia:

Pues ¡ay! amado mio,
Tus vanos celos calma: vén, y entremos
Por este bosque umbrío,
Do quejas olvidemos,
Y á par alegres nuestro amor cantemos.

FILENO.

Pues canta, Lidia bella,
Y aves y vientos párense á escucharte.
Vén; con tus brazos sella
La fe con que agradarte
Y nombre anhelo entre las bellas darte.

ODA XIII.

EL MEDIODIA.

Velado el sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo,
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo,
Y al mediodia rutilante ordena
Que tu rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena
Su dominio cansado.
El viento el ala fatigada encoge
Y en silencio reposa,
Y el pueblo de las aves se recoge
A la alameda umbrosa;
Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A una fresca enramada,
Do juntos ya zagales y pastoras,
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta,
Mientra en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo,
Y más y más ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea,
Y el bajo mundo oprime (4).
Todo es silencio y paz. ¡Con qué alegría,
Reclinado en la grama,
Respira el pecho! Por la vega umbría
La mente se derrama,
O los ojos alzando embebecido
Á la esplendente esfera,
Seguir anhelo, en su extension perdido
Del sol la ardua carrera.
Deslúmbrame su llama asoladora,
Y entre su gloria ciego,
Torno á humillar la vista observadora
Para templar su fuego (5).
Las próvidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando (6),
Y las tórtolas fieles me enternecen,
Dolientes arrullando.
Lanza á la par sensible filomena
Su melodioso trino,
Y con su amor el ánimo enajena,
Y suspirar divino.
Serpea entre la hierba el arroyuelo,
En cuya linfa pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.
Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.
¡Cómo á lo léjos su enriscada cumbre
Descuella la alta sierra,
Que recamada de fulgente lumbre
El horizonte cierra! (7).
Estos largos collados, estos valles
Pintados de mil flores,

(4) Estrofa añadida.
(5) Esta y la anterior estrofa añadidas.
(6) Variante:

Con un susurro blando.

(7) Estrofa añadida.

Ésta fresca (1) alameda, en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores;
El vago (2) enmarañado bosquecillo,
Do casi se oscurece
La ciudad, que, del dia al áureo brillo,
Cual de cristal parece;
Estas lóbregas grutas..... ¡oh sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla calma y reposo;
Tú me das libertad, tú mil suaves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.
Mi alma sensible y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.
La lluvia, el sol, el ondeante (3) viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio,
Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta majestad y tu belleza
Feliz cantar procuro;
La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonía,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mia (4).

ODA XIV.

Á MI AMIGO DON MANUEL LORIERI, EN SUS DIAS.

Desdeña, Anfriso, del Enero triste
Las rudas furias y aterido ceño;
Su cana faz, su nebulosa vista
Plácido mira.
Turbe su soplo por el yermo monte
Los chopos altos, á la fuente pare
Su giro, y hiele el delicioso pico
De filomena;
Tú no receles; en el hondo vaso
El vino corra y el hogar se cebe,
Y entre mil vivas con el dulce padre
Y los amigos,
El dia pierde que saliste fausto
A la luz alma del alegre cielo,
Que puro siempre y apacible luzca
Para la tierra.
Léjos el llanto y veladora cuita
El dia claro de mi tierno amigo;
Sólo las gracias, el amable gozo
Plácido reine.
Vuele la risa cariñosa, llena
Ruede la copa con alegre canto;
Que eco vagando por el alto techo,
Grato repita:
«Vive feliz, ¡oh de mi pecho amante
Parte dichosa, de Batilo gloria!
Vive, mi Anfriso, y la voluble suerte
Ciega te sirva.»

ODA XV.

Á JOVINO, EL DIA DE SUS AÑOS (5).

Deja, dulce Jovino,
El popular aplauso, retirado
Conmigo, do el divino
Apolo al concertado
Plectro te canta tu dichoso hado.
Y escúchale cuál suena,
El luciente cabello desparcido
Por la frente serena,
Y á su trinar subido
El Manzanares queda embebecido.
El canta cómo fuiste,
Al nacer, de sus Musas regalado,
Y cómo mereciste
Ser por él doctrinado
En pulsar diestro su laud dorado.
Y canta los favores
Que los cielos te hicieran, el lustroso
Nombre de tus mayores,
Y entre ellos cuán glorioso
Crece el tuyo, y descuella cual frondoso
Alamo, que, al corriente
De las aguas tendiéndose, levanta
Sobre todos la frente,
Y luégo el són quebranta,
Y el triste lamentar del Bétis canta.
Cuando tú por la orilla
Del claro Manzanares le dejaste,
¡Ah, cuánta pastorcilla,
Partiéndote, apenaste,
Y á los zagales qué dolor causaste!
«¡Oh Jovino felice!
¡Oh por siempre sereno, fausto dia!
La voz alzando, dice:
¡Vive, vive, alegría
Del suelo ibero y esperanza mia!
»¡Oh! vive afortunado,
Que el cielo te concede, dadivoso,
Larga edad. El sagrado
Plectro cesa, y lumbroso
Se ostenta el dios de su cantar gozoso.»

(1) Variante:

Esta hojosa.....

(2) Variante:

El denso.....

(3) Variante:

el murmullante.....

(4) Estrofa añadida.
(5) MELENDEZ compuso muchos versos para celebrar á Jovellanos. Suprimió los más en las ediciones que hizo de sus poesías, por no juzgarlos dignos de aquel insigne personaje. ¿Cómo fué más indulgente con la presente oda, que no es superior á las composiciones desechadas? Aunque escrita algunos años despues que las otras, no hay en ella un solo pensamiento adecuado á la noble é imponente figura de Jovellanos. Habia pasado éste de Sevilla á Madrid, promovido, de oidor que era de la audiencia de Sevilla, al cargo de alcalde de Casa y Córte. A este cambio de residencia alude la, áun más que insulsa, ridícula estrofa:

Cuando tú por la orilla
Del claro Manzanares le dejaste (*al Bétis*),
¡Ah, cuánta pastorcilla,
Partiéndote, apenaste!
Y á los zagales ¡qué dolor causaste!

¿No habia ideas más propias y elevadas para ensalzar al literato eminente, al profundo estadista, al grave magistrado?

ODA XVI.

EN LA MUERTE DE FÍLIS.

Cruel memoria, de acordarme deja
La gracia celestial de aquellos ojos,
Que al afligido pecho un tiempo dieron
Serenidad y vida.
¡Qué vale que fantástica retrates
Los delicados labios, do entre rosas
Amor adormecido reposaba,
Y el razonar divino?
El donaire, la gracia, el delicioso
Hechizo de su voz, el albo cuello
Y aquellas hebras do viví cautivo,
Y al oro deslucian;
Todo la muerte lo acabó, nublando
La tierra, Fili, que en gozarte ufana,
Miéntras la hollaste con tu planta bella
Semejó al claro cielo;
Mas hora yerta, mustia, en ciega noche
Sepultada y en luto sempiterno,
Sólo se queja de su triste muerte
Con lastimeras ánsias.
«¿Dónde está, dice, la real presencia
De la divina Fili? ¿el manso halago
Y el brillar de sus niñas celestiales
Dónde se ha oscurecido?»
¿Cuándo no anticipó la primavera,
Saliendo al valle, y el estío ardiente

No templó afable con la nieve pura
De su turgente seno?
El céfiro jugando bullicioso
Entre sus labios, ó besando amante
Las flores, que tocándolas se abrian
A ofrecerle su aroma.
¡Ay! danos, muerte cruda, el malogrado
Pimpollo que agostaste; restituye
Su milagro al amor, y su tesoro
A la angustiada tierra.
Divina Fili, si mi ruego humilde
Algo alcanza contigo, desde el cielo
Tus ojos á mis lágrimas inclina,
Y templa mi quebranto.

ODA XVII.

HIMNO Á VÉNUS. (*Traducido.*)

Desciende del Olimpo, alma Citéres,
Madre de amor hermosa;
Brotarán en mi pecho mil placeres
Con tu vista dichosa.
Crecerá la delicia y la alegría
En que por tí me veo,
Y colmará feliz el alma mia
Su encendido deseo;
Su deseo Díone, que apenado
Sólo á tu númen clama,
Y de amor lleno y de temor sagrado,
Dulce madre te llama.
Vén, ¡oh de Gnido y Páfos protectora!
Qne un pueblo de amadores
Tu auxilio celestial ferviente implora,
Cantando tus loores;
Y espera, el seno en júbilo saltando,
Que entre aromas süaves
Sobre el fúlgido carro que tirando
Van tus cándidas aves,
Bajes á tu áureo templo, do en sus aras
Cuando parado hubieras,
De gloria al mundo con tu luz colmáras,
Y eterno bien nos dieras,
De las mansiones del radiante cielo
El deleite inefable
Con tu dulce mirar gozára el suelo
Y tu sonrisa amable.
Logrando que en un éxtasis glorioso
Tu númen lo adurmiese,
Que en primavera perennal dichoso
Para tí floreciese.
¡Para tí, oh regocijo y hermosura
Del estrellado asiento!
Do la esperanza inmarcesible dura,
Y es sin fin el contento (1).

ODA XVIII.

LA AURORA BOREAL.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos
De objeto tanto atónita retires;
Perdone á tu mejilla
El miedo que su púrpura mancilla.
¿Viste no há nada la brillante llama
Morir del sol, que lánguido su carro
Deslizó al mar undoso?
Hélo pues torna su esplendor glorioso.
Esas ardientes flechas, esa hoguera,
Viva, agitada, que en su lumbre inflama
Del aire el gran vacío,
Rompiendo de la niebla el cerco umbrío;
Tantos grupos y piélagos de fuego
Que hirviendo bullen; la riqueza suma
De matices y albores,
Que del íris apocan los primores,
Son otra nueva aurora, que del polo
Corriendo boreal, con sus reflejos
El horizonte dora,
Cual la que al dia en su nacer colora.
Allá en su natal suelo y su infinita
Copia de luz, si rozagante tiende
La undosa vestidura,
Suple del sol la pompa y la hermosura.
Viérasla allí de mil y mil maneras
El cielo esclarecer; ora lanzarse
En rápido torrente,
Ora alzar leda la rosada frente,
Ora el oro del fúlgido topacio
Mentir sus llamas ó el azul más puro,
Y ora de la mañana
El claro albor y la encendida grana;
Si no se agita en turbulentos rayos,
Que aquí y allá flamígeros discurren,
Ahogando sus centellas
El fuego brillador de las estrellas,
O en arco inmenso se derrama, y sube
Hasta el cenit, do pródiga sembrando
Su inexhausto tesoro,
Tremola ufana su estandarte de oro,
Que el Lapon rudo extático contempla,
Ó á su próvida luz atento, vaca
A sus pobres afanes,
Y acata entre ella á sus paternos manes (2).
Así el imperio de la noche vence,
Que aquellas playas desoladas cubre,
Llenando de alegría
Su eterno hielo y su tiniebla umbría;
Hija del sol, cual la que alegre rie
Para nosotros en el rubio oriente,
Recamada de albores,
Bañando en perlas las dormidas flores,
Del caro padre el rutilante carro,
Purpúreo manto y túnica vistosa
Agraciada recibe,
Y de su llama y sus favores vive.
Así la nuestra, al empezar fogoso
El mismo sol su plácida carrera
Le antecede lumbrosa,
La sien ceñida de jazmin y rosa.
No temas, pues, sus ráfagas ardientes,
Ni rayos tantos ni vistosos juegos
Como en sus pasos forma,
Ni si en mil modos su beldad trasforma.
La misma siempre en apariencia vária,
Si la ignorancia la tembló algun dia,
Y amenazó esplendente
Del tirano cruel la torva frente;
Hoy la verdad en colocar se place
Su númen claro en el radiante trono,
Donde inocente brille,
Y nada aciago su fulgor mancille;
Rigiendo augusta con luciente cetro
El yerto polo y páramos sombríos,
Do en toda su grandeza
Su majestad se ostenta y su belleza.
Goza, pues, Lice, sin zozobra goza
Del vistoso espectáculo que ofrece
Un nuevo dia al suelo,
Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

ODA XIX.

AL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ, QUE SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con mísero llanto
Aumentes tu penar, ni á la memoria
Traigas los dias de voluble gloria
Que te robó fortuna,
Si crecer tu quebranto
En la queja importuna
No anhelas sin provecho,

(1) En un principio MELENDEZ escribió así esta estrofa:

Bajando tú, delicia y hermosura
De la mansion eterna,
Do la esperanza inmarcesible dura,
Do es la paz sempiterna.

(2) *Paternos manes*, las almas de sus padres; creencia comun á los pueblos del Norte, que entre el brillo y las luces de este meteoro se imaginaban ver á los genios del pais y las almas de sus mayores.

Cerrando al bien el obstinado pecho.
Siente, Delio, que moras
El reino del dolor, do nada puro
Es dado ver, ni de temor seguro
El contento se asienta,
Y acaso miéntras lloras,
Ya blando el cielo alienta
Tu seno, y la alegría
En copa de oro liberal te envia.
Cuanto es so el claro cielo,
El bien envuelve con el mal mezclado,
Y cuando el mal el ánimo ha llagado,
Luégo el bien le sucede;
Así el lúgubre velo
Descorre, á par que cede
Al sol la noche oscura,
Con sus dedos de rosa el alba pura.
Verás que tempestuosa (1)
Tiniebla envuelve el dia, y el luciente
Relámpago cruzar la nube ardiente.
La ronca voz del trueno
Sonar majestüosa,
Y temblar, de horror lleno,
El rústico, inundados
Entre lluvia y granizo sus sembrados.
Y los vientos veloces
Robar las nubes de la etérea playa
Verás; el íris que purpúreo raya,
Del pueblo alado mueve
Las armónicas voces,
Y el labrador se atreve
A contar por segura
Ya la esperanza de la miés futura.
Así lo ordena el cielo;
Así van lo liviano con lo grave
Enlazados, y lo áspero y süave
En perenne armonía,
Y el lloro y el desvelo
Tras la vana alegría
Con ala infausta vuela,
Cuando esperanza ménos lo recela.
Quien vive prevenido
Rie á la suerte, el pecho sosegado;
Cantando va, del mar alborotado
Entre el bramar horrendo,
Y de Marte al ruido
Y funeral estruendo
Canta, ó cuando el tirano
A su cuello amenaza en impía mano.
Mas si en pos fausta aspira
Fortuna, y le sublima en su engañosa
Tornátil rueda, confiar no osa;
Antes teme prudente
Que torva ya le mira
Desgracia; y diligente
La frágil vela coge,
Echa el ancla, y al puerto se recoge;
A que pase esperando
La ola bramante, y calme bonanzoso
Febo la mar; mas si en letal reposo
Le adnerme la ventura,
El huracan soplando
Le arrastra en su locura,
A do en tiniebla ciega,
Por más que clame, el piélago le anega.

ODA XX.

EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, oh cantares mios, en las alas
De la fiel amistad, y de Jovino
Celebrad la alegría
En su feliz y bienhadado dia.
Id al dulce Jovino, á vuestro númen;
Id, y dad el tributo de alabanza
A su nombre glorioso,
Pues su amor solo os inspiró oficioso.
¡Qué cosa más süave y deliciosa
Que este tributo! ¡qué para la tierra
De más prez y contento
Que de un hombre de bien el nacimiento!
Nace un héroe, y medrosa se estremece
La tierna humanidad sobre una vida
Que del linaje humano
Destruirá la mitad con cruda mano.
El envidioso nace, y mira al punto
Al astro de la luz con torvo ceño,
Sólo porque derrama
Sobre sus padres su benigna llama.
Nace un malvado, y á su vista el vicio
Bate las palmas, y gozoso rie
Viendo el nuevo aliado
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.
Empero, hombre de bien Jovino nace,
Y á su cuna corriendo las virtudes,
En sus brazos le mecen,
Y en su amable sonrisa se embebecen.
Naturaleza, al verse ennoblecida,
Se regocija, y mil alegres himnos
Los ángeles cantando,
Sus venideras dichas van contando.
«Su vida, dicen, correrá apacible,
Bien cual sereno el sol brilla en un dia
De alegre primavera
Por la traquila purpurante esfera.
»Será, de niño, de sus padres gozo;
Despues creciendo, de su patria gloria,
Y de premios colmado,
De sus émulos mismos ensalzado;
»Detendrá la vejez, por contemplarle,
Su lento paso, y lucirán sus canas
Como la luna hermosa
En medio de la noche silenciosa.
»Respetará la muerte su inocencia,
Y en un plácido sueño á las alturas
Subirá de la gloria,
Dejando al mundo eterna su memoria.
»Será allí recibido con canciones
De gozo celestial; su acorde lira,
A los coros divinos
Por siempre unida, seguirá sus trinos.
»Ni la calumnia ni la envidia fea
Lo mancharon viviendo; en su tranquila
Muerte los tristes claman,
Y dulce padre y protector le llaman.
»La indulgente amistad moró en su seno,
La piedad en sus manos dadivosas,
Y en su rostro el gracioso
Aire de la virtud y su reposo.»
¡Oh mil veces felice quien merece
Loores tales! ¡Oh sin par Jovino,
A quien naciendo, el cielo
Dió liberal en joya rica al suelo!
Vive, y en dotes y en aplausos crece;
Que de mi musa ocupacion gustosa
Será, Jovino, en tanto,
Decir tu nombre en regalado canto.

ODA XXI.

Á LA ESPERANZA.

Esperanza solícita, á mi ruego
Vén, aligera mi afanosa carga;
Vén, que abismado el ánimo fallece
Con pena tanta.
No me abandones á mi suerte cruda;
Déjame al ménos que me adule el aura
Con que á los tristes su dolor agudo
Leda regalas.
Lóbrega noche, pavoroso trueno,
De airado rayo agitadora llama,
Ruedan en torno de mi triste frente,
De horror helada.
Donde los ojos dolorido torno,
Cien furias hallo que gritando claman:
«Caiga y hollemos su abatido cuello.»
¡Bárbara saña!
Vén, y disipa el ominoso bando,
Hija del cielo; tu presencia grata

(1) *Tempestosa* habia escrito MELENDEZ cuando imprimió por primera vez esta bellísima estrofa.

Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.
Tú, que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas
Con la esperanza de la miés, que opima
Julio le guarda;
Tú, que al osado marinero alientas
Cuando, asaltado, en la voluble barca,
De hórridos vientos y revueltas olas,
Mísero clama;
Al que agoniza en solitario lecho,
Entre las sombras de la triste Parca,
Aun le confortas amorosa, y nunca
Dél te separas.
Todo lo endulzas favorable y cubres
De un velo grato que enajena el alma,
Que hace la copa de la vida al hombre
Ménos amarga.
Tal como el brillo de la blanca luna,
Deshecho el ceño de la noche opaca,
Del caminante el abatido aliento
Fausta levanta.
Madre del gozo, cariñosa amiga,
Siempre constante, deliciosa maga,
En cuyos brazos inefable alivio
Las penas hallan;
Plácida corre á mi lloroso ruego,
Y aplica presta á la profunda llaga
Que en lo más vivo de mi sér penetra,
Blanda triaca.
Dame tocar al más humilde puerto;
Dame alentar en su dichosa playa;
Goce á su ocaso mi agitada vida
Paz y bonanza.

ODA XXII.

FÍLIS RENDIDA.

Alado dios de Gnido,
Amor, mi gloria, celestial delicia,
Ya el ánimo afligido
Mereció hallar á tu deidad propicia.
Ya el laurel victorioso
Logré, y los premios que anheló el deseo.
Dulce amor, ¡qué dichoso
Es el estado en que por tí me veo!
De mi Fili adorada
La timidez domaste y los rigores,
Y en mi llama inflamada
Pagó mi suspirar con mil favores.
Sus ojuelos divinos,
Que envidia el sol en su lumbroso oriente,
Me halagaron benignos.
¡Ay mirar vivo, regalado, ardiente!
De su boca ¡qué perlas
Dulce riendo á mi rogar saltaron!
Loco corrí á cogerlas,
Y en néctares mis labios se inundaron (1).
Su mejilla de rosa
Miré inflamarse á mi feliz porfía,
Más fresca y olorosa
Que cuantas Gnido en sus pensiles cria;
Despues, ¡oh! ¡quién pudiera
Fiel retratar mi celestial ventura,
Las finezas que oyera,
Mi ciego ardor, su virginal ternura!
Con su más rico lazo (2),
Colmándonos amor de sus placeres,
Nos unió; en su regazo,
Un beso, mil nos dió grata Citéres.
Y con amiga diestra
La copa de su néctar más precioso
Brindándonos, nos muestra
La senda á un bosque retirado umbroso,
Do nuestros finos pechos
En llama ardieron súbito más viva,
Cual cera al sol deshechos,
Ni yo cobarde ni mi Fili esquiva.
En torno revolante
Coro de amores con alegre juego
Y bullicio incesante
A una alentaba nuestro dulce fuego (3);
Y las Gracias risueñas
Sobre mi Fili rosas derramaban;
Y aplaudiendo halagüeñas,
«Vén, Himeneo, vén, dulces clamaban;
»Vén fausto al delicioso
Vínculo del amor y la belleza,
Y al triunfo más glorioso
Sobre el desden de la sin par fineza.
»Vén, y al zagal que ahora
Tan alto bien por su firmeza alcanza,
Estreche su pastora,
Y eterna flor corone su esperanza.
»Vén, que sólo á tí es dado
Confirmar en la paz que han recibido,
Los que en uno han juntado
Propicia Vénus y el rapaz Cupido.»

(1) Más poética y natural es esta estrofa tal como MELENDEZ la escribió en un principio:

Con su boca de perlas
¡Qué palabras tan tiernas me decia!
Loco corrí á cogerlas,
Y del néctar bebí que ella vertia.

(2) Variante:

Con delicioso lazo.....

ODA XXIII.

SEGUNDOS DIAS DE FÍLIS.

¡Qué dulcísimo canto el aire llena!
¡Qué aplauso, qué armonía
Embebecido el ánimo enajena
En tan alegre dia!
¡Qué espléndido fulgor! ¡qué viva llama
En su carroza de oro
Con mano liberal el sol derrama
De su inmenso tesoro!
Lleno favonio de ámbares süaves
Regala los oidos,
Y el estrépito y trino de las aves
Encantan los sentidos.
Rie ufana la tierra, y reanimada
De galas se matiza;
La nieve en arroyuelos desatada
Sonante se desliza,
Que en purísimo aljófar por los valles (4)
Con vistosos colores
Forman mil giros y galanas calles,
Jugando con las flores.
Todo, inocente, angélica belleza,
Se debe á tu luz pura,
Que á adornar basta la naturaleza
De no vista hermosura.
La tuya en su donaire peregrina
Nos trae la primavera,
Su júbilo y sus rosas, la divina
Luz de la cuarta esfera.
De tus años el círculo dichoso,
Esta riente aurora,
Cual tras lóbrega noche se alza hermoso,
Y el sol los cielos dora,
Vivífico tornando en cuanto existe,
El lustre ántes perdido,
De lozano verdor las selvas viste,
De hierba el ancho egido;
Así vuelven las Gracias y el contento
A la dichosa vega,
Que en raudal puro susurrando lento
Undoso el Tórmes riega.
Sus zagalejas en vistosas danzas,
Con bullicioso canto
Dicen de tu beldad las alabanzas,
Su irresistible encanto;
Y los tiernos amantes pastorcillos,
Las salvas repitiendo,
Al compas sus acordes caramillos

(3) Añadidas esta y las otras dos estrofas anteriores.
(4) Variante:

Y cual sierpes de nácar por los valles.....

Sus letras van siguiendo.
«Feliz, claman, feliz tan albo dia,
Y hermoso y puro brille;
Jamas lo desampare la alegría,
Ni lloro lo mancille.
»Como fausto por siempre señalado
Quede de gente en gente,
Pues lo has, Fílis divina, consagrado
Con tu primer oriente.
»Angélica beldad, del alto cielo
Cual joya acá enviada
Para gozo y honor del triste suelo
Mientra allá seas tornada;
»Idolo celestial de los zagales,
Adorable hechicera,
Causa feliz de mil sabrosos males,
Gloria de esta ribera (1),
»Crece, temprana flor, en gracias crece
Y en virtud te adelanta,
Cual palma exceisa que en el val florece,
Y al cielo se levanta.
»Crece, y cual pomo que de rosas lleno
Puebla el aire de olores,
Así tus ojos, tu sensible seno
Derramen siempre amores (2).
»Por tí goza la tierra venturosa
Pompa, flores, verdura,
Y cándida verdad y gloriosa
Fe de inocencia pura.
»Feliz el que á servirte consagráre
Su bien lograda vida.
Y tu hablar dulce y tu reir gozáre,
Que á juegos mil convida.
»Pero feliz sin par quien mereciere
Fijarte, y á tí unido,
Tu seno de jazmin latir sintiere,
De su amor derretido» (3).
Así los coros y el aplauso suena
Que á mi Fílis aclama,
Y el cielo en luz más fúlgida y serena
En su loor se inflama.

ODA XXIV.

Á LA MAÑANA, EN MI DESAMPARO Y ORFANDAD.

Entre nubes de nácar la mañana,
De aljófares regando el mustio suelo,
Asoma por oriente;
Las mejillas de grana,
De luz candente el trasparente velo,
Y muy más pura que el jazmin la frente,
Con su albor no consiente
Que de la opaca noche al triste manto,
Ni su escuadra de fúlgidos luceros
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;
Mas con pasos ligeros,
La luz divina y pura dilatando,
Los va al ocaso umbrífero lanzando (4).
Y en el diáfano cielo coronada,
De rutilantes rayos vencedora,
Se desliza corriendo;
Con la llama rosada
Que en torno lanza, el bajo mundo dora,
A cada cosa su color volviendo.
El campo recogiendo
El alegre rocío, de las flores
Del hielo de la noche desmayadas,
Tributa al almo cielo mil olores;
Las aves acordadas
El cántico le entonan variado,
Que su eterno Hacedor les ha enseñado.
En el egido el labrador en tanto,
Los vigorosos brazos sacudiendo,
A su afan se dispone;
Y entre sencillo canto,
Ora el ferrado trillo revolviendo,
Las granadas espigas descompone;
O en alto monton pone
La miés dorada que á sus trojes lleve;
O en presto giro la levanta al viento,
Que el grano purgue de la arista leve,
Con su suerte contento;
Miéntras los turbulentos ciudadanos
Libres se entregan á cuidados vanos.
Yo sólo, ¡miserable! á quien el cielo
Tan gravemente aflige, con la aurora
No siento ¡ay! alegría,
Sino mas desconsuelo.
Que en la callada noche al menos llora
Sola su inmenso mal el alma mia;
Atendiéndome pía
La luna los gemidos lastimeros;
Que á un mísero la luz siempre fué odiosa.
Vuelve, pues, rodeada de luceros,
¡Oh noche pavorosa!
Que el mundo corrompido ¡ay! no merece
Le cuente un infeliz lo que él padece.
Tú con tu manto fúnebre, sembrado
De brillantes antorchas, entretienes
Los ojos cuidadosos;
Y al mundo fatigado
En alto sueño silenciosa tienes;
Miéntras velan los pechos amorosos,
Los tristes, sólo, ansiosos,
Cual estoy yo, de lágrimas y quejas,
Para mejor llorar te solicitan,
Y cuando en blanda soledad los dejas,
Sus ánsias depositan
En tí, ¡oh piadosa noche! y sus gemidos
De Dios tal vez merecen ser oidos.
Que tú en tus negras alas los levantas,
Y con clemente arrrebatado vuelo
Vas, y ante el sólio santo
Las rindes á sus plantas;
De allí trayendo un celestial consuelo,
Que ledo templa el más amargo llanto.
Aunque el fiero quebranto
Que este mi tierno corazon devora,
Por más que entre mil ánsias te lo cuento,
Por más que el cielo mi dolor implora,
No amaina, no, el tormento;
Ni yo ¡ay! puedo cesar en mi gemido,
Huérfano, jóven, solo y desvalido.
Miéntras tú, amiga noche, los mortales
Regalas con el bálsamo precioso
De tu süave sueño,
Yo corro de mis males
La lamentable suma, y congojoso
De miseria en miseria me despeño,
Cual el que en triste ensueño
De alta cima rodando el suelo baja.
Así en mis secos párpados desiertos
Su amoroso rocío jamas cuaja;
Que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,
Quiérote empero más ¡oh noche umbría!
Que la enojosa luz del triste dia.

(1) Estrofa añadida.
(2) Estrofa añadida.
(3) Estrofa añadida.
(4) Así escribió MELENDEZ este verso en un principio:

Al apartado mar los va lanzando.

ODA XXV.

EN LA MUERTE DE NISE.

¿Qué són tan triste lastimó mi oido?
¿Qué antorchas melancólicas, qué lutos,
Qué cánticos dolientes,
Qué lloro es éste, qué tropel de gentes?
¡Ay! ¡ay! la pompa fúnebre de Nise,
De la inocente Nise, que á la vida
Robó en su albor primero
De la Parca cruel el golpe fiero.
Cuando empezaba florecilla tierna
Su aroma á derramar, y el alma pura
A la impresion abria
Primera del placer, que le reia;
Cuando orgulloso en poseerla el mundo,
Preparándola cultos, la fortuna
Más dulce la adulaba,